

La epopeya de la clausura

No es necesario ir a Grecia para amar a Apolo

Christopher Domínguez Michael

Grecia no siempre estuvo donde está. Para llegar a ser unánimemente reconocida como la piedra de fundación de Occidente hubieron de pasar muchas cosas. Alejandro Magno difuminó el helenismo hacia Oriente guerreando con los sátrapas persas y en la India sus soldados lo convencieron de que el viaje había sido inútil. Los últimos sabios griegos tuvieron que viajar a Roma en calidad de bárbaros. El primer descubrimiento de la Antigüedad clásica, a finales de la llamada Edad Oscura, se debió al celo de los monjes y hubo de pasar por dismantelar a una latinidad decadente. En el siglo XV se sabía más de Plauto y Terencio que de Esquilo y Sófocles. El concepto de helenismo no se popularizó sino en el siglo XIX gracias a Hegel y a sus discípulos historiadores.

Los primeros viajeros a Grecia y el ideal helénico (1984), de David Constantine, cuenta la historia de cómo Occidente redescubrió a Grecia. La empresa dio comienzo gracias a los mecenas codiciosos que, habiendo tomado cariño por las ambigüedades, pagaron las excursiones de los *dilettanti*, quienes desde 1670 comenzaron su periplo por las ruinas griegas y romanas. Arqueólogos aventureros o mercenarios del arte, estos hombres precedieron al saqueo napoleónico de Egipto. Civilización y barbarie: así nació la egiptología.

Entre ellos la figura más atractiva es la de Johann Joachim Winckelmann (1717-1768), nacido en Stendal, la ciudad alemana cuyo nombre tomaría décadas después como pseudónimo Henri Beyle. Muchas manías, desde las togas romanas del Consulado hasta la fantasía helenizante de Hölderlin, se deben a Winckelmann, historiador del arte y padre del clasicismo de su época.

“Nadie hizo más a favor de la idea y del ideal de Grecia”, dice Constantine, “que Winckelmann. Por conducto de él, que nunca estuvo allá, se aclaró el concepto de logro clásico y para una buena parte del empeño artístico del siglo XVIII se convirtió en una estrella polar de una brillantez deslumbrante. Lo que dijo acerca del arte griego, no obstante que era muy poco lo que había visto de él, se arraigó profundamente en las conciencias europeas”.

Winckelmann tuvo varias oportunidades de tocar Grecia y las desaprovechó sin dar mayores explicaciones. Si se sabe que Salgari nunca salió de Italia y no vio ni tigres ni piratas, este aventurero de la estética prefirió los museos y los catálogos antes que toparse con la hidra de Lerna.

También tiene Winckelmann un lugar destacado en la historia de las pasiones como el primer moderno en hacer de su propia vida el connubio entre la belleza griega y el erotismo homosexual. Esa tradición, que ha tenido en Michel Foucault a su último exponente, arranca con el anticuario de Stendal. Según Hans Mayer, en su *Historia maldita de la literatura* (1975), mi tumbaburros, Winckelmann fue el primero de los homosexuales en justificar sus preferencias eróticas con una coartada estética: “La doble naturaleza de la existencia homoerótica, que se hizo patente en la muerte de Winckelmann al final de la era feudal, no podía concebirse sólo como contraste entre honorabilidad de vida y secretos placeres sensuales, entre altos niveles y bajos fondos sociales. Para un señor feudal, este desgarramiento carecía de significado: era parte integrante del libertinaje aristocrático. Tal vez en forma digna de una comedia, pero sin tragedia vital. Por el contrario, la naciente burguesía exigía

igualdad ante la ley moral burguesa. Esto significaba la coacción a la doble vida en todos los campos. Concretada como hipocresía, engaño de sí mismo, adaptación erótica a la norma e incluso como coacción a la idealización y la estilización. En Winckelmann se concretó como normativa ahistórica de una exigencia estética, proclamada con mayor apasionamiento cuanto más anacrónica tenía que ser”.

Winckelmann murió el 8 de junio de 1768, en una fonda de Trieste, atado y apuñalado por un hombre llamado Angelis o Arcangelis. Tenía el clasicista cincuenta años, un origen humilde y había sido anticuario papal. Para Mayer su tragedia es una más de las que constatan, según él, el fracaso de la Ilustración y su asesinato, el contacto entre Christopher Marlowe y Oscar Wilde, nuevamente obligado a la doble vida.¹ Como fuese, la responsabilidad de Winckelmann en la helenización dieciochesca de Occidente fue formidable, como su papel en el origen de la arqueología moderna. Promovió desde Alemania las excavaciones de Herculano en 1738 y de Pompeya una década después. Goethe acabó por rendir homenaje a la obra de Winckelmann —en varios sentidos uno de sus precursores— al contemplar aquellas ruinas arqueológicas y decir “ha habido en el mundo muchas catástrofes, pero pocas las que hayan dado a las generaciones posteriores tanto placer”. [1990] **U**

¹ Ya no comparto del todo la teoría de Mayer sobre “el fracaso” de la Ilustración, tan frankfurtiana, por cierto. Además, en los años setenta, con Pasolini, como caso emblemático, el crimen sexual se asociaba, según el mantra de “lo privado es público”, a la represión estatal. Y en el caso de Marlowe ni Mayer ni yo sabíamos que se debió, más que a un crimen pasional entre homosexuales, a una conjura política, según las investigaciones más recientes [Nota de 2016].